

Juan Ramón Jiménez

Teresa de la Parra

Cementerio del Este, nicho 101, Madrid.



SOLO vi una vez a Teresa de la Parra. Vino muy abrigada en pieles, exhalando tibieza retenida; con los ojos azules, grises, verdes, brillándonos transparentemente dulzura y finura. Estaba ¿cómo decirlo? «delicada». Su voz envuelta con seda hablaba, cerca o lejos, desde la muerte.

Luego se fué al Sanatorio de la Fuentefría, Guadarrama. Desde allí nos mandó su libro *Las Memorias de Mama Blanca*; y cuando acabé de leerlo, yo le mandé un libro mío con unas palabras sinceras. Pensamos muchas veces ir a verla, no llegó la hora. Pero yo creía que aquella muerte que hablaba por su vaga voz iba a quedarse en esos desvanes del ser donde todos tenemos siempre tanta muerte, tanto muerto; que las islas mejores de su cuerpo resistirían indefinidamente el asedio de los venenos peores del río de su sangre. No ha sido así. Venció a lo grande bello lo venenoso feo, y pequeño, como ocurre tantas veces en

la vida. Y hoy leo en «El Sol» la tristemente segura noticia de su muerte callada.

Teresa de la Parra, venezolana de origen español (valenciano y vasco), nos deja escrita en español su voz verdadera. En su expresión poética narrativa se funde lo lírico y lo irónico en una delicada y graciosa lengua natural, suelta airosamente toda traba, uno de esos encantadores españoles que han quedado en tales ciudades de América como en provincias de España, paraísos grandes del otro lado del mar, en cuyo color, cuyas horas, cuyos seres yo he soñado desde niño más quizás que en los de estos mismos paraísos de la junta Española. Me pareció que Teresa de la Parra venía a «su» España de «mi» España, de una España recordada, querida y deseada. Seguramente yo la había conocido, soñando en algún rincón del Paraíso inmenso español, y gocé oyéndola hablar su lengua, mi lengua una hora del tiempo relativo (aquella hora que pasó seguramente a nuestro lado, tan suave, tan agradable, tan sencilla como se goza oyendo a una antigua amiga inolvidable.

Nos ha contado Lydia Cabrera que la madrugada antes de morir Teresa de la Parra, estando Lydia velándola, hizo un poco de café. Y le preguntó si no quería probar un poquito. Teresa de la Parra (yo, recordando su voz, me imagino bien su acento de aquel instante) le contestó: «Yo comeré una poquita de tierra». Sí, todos tenemos que comer esa poquita de tierra y no sabremos nunca, vivos, de dónde será, dónde estará esperándonos esa poquita de tierra que comeremos, ape-

ritivo de la gran comida, la tierra, que ya, hasta hacernos la misma tierra, no nos faltará nunca al lado de nuestra boca.

Teresa de la Parra, blanca pasajera fugaz; no sé si me has oído, que todos tenemos, como tú, que comer esa poquita de tierra, que para ti ha sido española. Tú te quedas ahora con nosotros españoles. Aquí tus momentos fueron sin duda días, tus días meses, tus meses años. No has vivido «menos». Tuviste el poder de anchar lo breve, de hacer constante la mirada, presente la voz; de envolver, de perdurar. No estás muerta aquí, femenina presencia viva de una tarde, estás detenida, retenida por el centro de la tierra madre de España, que te había oído hablar, buena y lenta, con voz de ella, en su alto aire.

CRITICA

«Ruina secular de pasado y futuro». El tiempo mayor o menor, cercano o lejano, depura, espiritualiza, sublima rozándolas, usándolas, gastándolas con amor y en lo que él necesita, ciertas obras «populares» de arte, obras de intemperio, que él quiere asimilarse y asimilar a la naturaleza que representa: el Poema del CID, por ejemplo; síntesis de arquitectura, música, pintura, escultura y poesía. Y las lleva así de día en año, de año en siglo, mejores cada vez, en un estado más permanente, más «eterno», pues que les ha hecho perder en él

lo más inútil, las ha dejado en su verdadera, en la verdadera aristocracia.

Algunas de esas obras predestinadas tienen una calidad particular que las hace ya parecer en el presente lo que serán en el futuro, con lo que toman aspecto de pasado. Esto es lo que yo he pretendido indicar del ya duradero Antonio Machado; lo que podría haber estendido al duradero Miguel de Unamuno, al duradero José Gutiérrez Solana, entre nosotros.

Hay un momento en que lo hondo es fondo. Y, en ese mismo momento, es necesario olvidar en que el fondo existe, porque el fondo es el término y no debe tener término lo hondo,

Cuando sintamos el fondo, desviémonos, derivémonos hacia otra parte, otra profundidad.

Inteligencia coloca y ordena, necesidad sitúa y enlaza.

La gran lección del progreso, que ha conquistado y desvirtuado poéticamente tantos imposibles anteriores, es «volver a la inatacable, inganable vía corriente».

Un loco hace ciento, sí; y un tonto, mil cientos.

Me molestaba el pasar desfundamentador del lento caro, abajo. Cuando surgió por lo alto el falso «del canto» y el piano doméstico (dos odios mayores de to-

do mi sentimiento), me pareció natural el carro y lo deseé constante con todas mis entrañas.

El verso es menos nuestro que la prosa. Por eso se ve más en nuestra prosa nuestro valor verdadero.

Presumir de «realista» de «fuerte», nota tan corriente en España, es el despecho y el consuelo de no poder ser espiritual y delicado.

El recuerdo es un hilo que seguimos con los dedos alegre o tristemente, aunque sepamos bien que está roto (y no sigue) en alguna parte.

Quien no puede ser de oro sea de plata, pero no de plata sobredorada.

Hay persona, hombres y mujeres, a quienes les gusta tener en su casa un mono, macho o hembra. Yo he conocido algunas. Y creo que todo el mundo puede tener sus caprichos, y que todo el mundo tiene derecho a tener un mono en su casa. Pero eso no quiere decir que todos los visitantes gustosos u obligados de esa casa debemos tener relación necesaria, de cualquier clase que fuere, con el mono o la mona.

Belleza, dinámica cosa fija.

Nada retrasa más a un país que el escritor, el polí-

tico, el científico que se imaginan espirituales, inteligentes, sensitivos y no son realidad sino listos, vulgares e ingeniosos.

Lo que yo lleve dentro de mí no lo aprenderé mejor de nadie Lo que no lleve menos.

El amor, es muy importante el reverso, la vuelta.

La verdadera poesía no puede nunca, aunque lo quiera, «estar a la moda», porque la poesía verdadera es la «verdad» y la moda no es la verdad. Así que la poesía puede, por este lado, definirse: una armoniosa expresión muy bella, cuya palabra tenga la inactualidad de lo verdadero.

Cuando sea imposible la perfección, búsquese el carácter, que casi siempre es más, y nunca menos, que la perfección.

¡Qué espanto la casa, el alma vacías... o llenas de palabras!

Dejémonos sorprender por nosotros mismos.

La poesía española que ahora se dice «nueva», carece en general de éxtasis: pensamiento y sentimiento; es decir, espíritu, por eso no tiene acento. El acento sale de lo hondo de la emoción contemplativa, del dina-

mismo estático, porque el movimiento general le quita la fuerza a la voz humana. Un dinamismo rápido da sólo la imagen rápida.

El acento, el éxtasis de la poesía española sigue pasando eterno por debajo de todos los «movimientos». Acento de Jorge Manrique, de Garcilaso, de San Juan de la Cruz, de Fray Luis de León, de Bécquer, de Unamuno, de Antonio Machado.

Poesía puede ser la instantánea entrada y cabida de todo lo espiritual e ideal en un solo ser real. Pero ese ser ¿quién es?

El silencio lo ajusta todo, es el gran anillo de oro.

Me gusta exponer mi obscuridad, pero no aclararme la ajena. Entonces... Sí, pero es que a mí no me importa que otros se aclaren mi obscuridad, sino que me expongan la suya, si les gusta y quieren.

¿Realismo mágico? Todo realismo lo es. Somos nosotros los que podemos ser o no mágicos.

La conquista de la poesía es como la del amor, que nunca sabremos si su secreto es nuestro, y contamos para siempre con la belleza y la fuerza de esa duda.

El teléfono nos hace a todos ciegos; nos hace «ver» a todos como si fuéramos ciegos. Dulce máquina de consuelo e igualdad para el ciego verdadero.

No quiero ni he querido nunca «éxito», sino comprensión íntima.

Sí, muy elegante. Ya la conozco. Es de las de la «staza» forrada de damasco.

La amistad suele inutilizarse por la confusión entre amistad y familiaridad, ese plebeyismo corriente.

El mar, que levanta Venus, depone la lapa. De modo que la lapa puede considerarse también como símbolo (bajo) del mar. Todo es cuestión de gustos, y hay gustos que merecen lapas. Buen provecho, jóvenes lapistas de allende o aquende: ahí queda «eso». ¡Y viva la Lapa y la Pepa y la Papa y la Pipa y la Popa y la Pupa!

Muerte es vida tanto como vida muerte.

No es preciso «recordar» lo aprendido, sino sentirlo.

Me gusta mucho leer otros idiomas, me gustaría poder leerlos todos. Pero soy poco aficionado a hablarlos, porque cuando los quiero hablar me suena a teatral, a falso, más falso y teatral cuanto mejor pueda hablarlos. Y ya odio instintiva y conscientemente lo teatral y lo falso.

Corregir es crear tanto como lo es inventar.

El poeta, artista o científico verdadero no se adelanta nunca a su época; su futuro es su época. Lo que ocurre es que los que le rodean, que no han llegado a ella ni a él, son actuales del pasado.

Imposible toda norma. Salgamos de cada día y de nosotros cada día lo mejor que podamos. Y basta.

Hablar o escribir con voces, giros del pasado, que por bellos y exactos que sean, dicen lo mismo que otros del presente, me parece tan teatral como sería vestirse a diario con trajes de otra época, por bellos que fuesen. Lo uno y lo otro quede para los días de carnaval del capricho.

Sí, me gusta un poco. Pero como a ti, opaco, te ha gustado mucho, ya no me gusta nada.

«La inmensa minoría» está también, y más quizás que en ninguna otra parte, en el verdadero pueblo. Yo he sido siempre (lo he demostrado toda la vida) un hondo amigo, un enamorado del pueblo. Y nunca le he cobrado ni le cobraré nada por ser su amigo.

Si hemos sido finos, sutiles, delicados, muramos tranquilos, pensando que hemos sido lo más que el hombre puede ser en su mundo.

Poesía española contemporánea. Siempre que se ha hablado de una antología de la poesía española contemporánea, he dicho lo mismo: que es imprescindible empezar por Miguel de Unamuno y Rubén Darío, fuentes de toda ella (y de lo que falta).

En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica «consciente» y en Rubén Darío nuestra consciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva. Y no hay que decir, como dicen tales para complicar, eludir, sortear el asunto, que lo mismo sería empezar por Bécquer, o Góngora, o Quevedo, o San Juan de la Cruz, o Garcilaso. No; sencillamente porque no son nuestros contemporáneos.

Y después de Miguel de Unamuno y Rubén Darío, y antes que ningún otro, pues en él comienza, sin duda alguna, y de qué modo tan sin modo, aquella fusión, Antonio Machado, el fatal.

¿Cómo es posible que nadie crea honradamente que se deban o puedan empezar antologías por discípulos más o menos «separados»? ¿No se dan cuenta los que lo hacen de que están intentando dar forzada existencia a un cuerpo sin cabeza? (Uno de esos cuerpos sin cabeza, o con otras cosas, zapatos, guitarras, coles, cucharas, peces, en vez de cabezas, tan propios del surrealismo, imitador general, con gran talento a veces, de naturales ruinas).